



# «WHAT IS LEFT»

## La izquierda desencantada

*Alberto MARTINELLI*  
*Michele SALVATI*

**C**uando se discute sobre la izquierda o sobre alguna de sus manifestaciones históricas —por razones evidentes, de unos años a esta parte se habla mucho del socialismo— suelen plantearse dos objetivos explícitos y una función tácita. El primer objetivo explícito es el de definir —o mejor dicho redefinir, *re*-descubrir— qué es la izquierda en términos generales o en una fase histórica determinada. El segundo es formular un proyecto: a partir de la *re*-definición propuesta, se señalan objetivos políticos, viejos y nuevos, a los que se califica de izquierda y se consideran deseables e históricamente realizables.

La función tácita es la de un mutuo apoyo entre militantes de la izquierda en un momento de dificultad o de intensa transformación. Algunos objetivos pueden resultar fallidos, todos pueden cambiar históricamente, muchos de ellos pueden variar de un país a otro; pero la

izquierda —tal es la inevitable conclusión— queda, y está destinada a quedar, como categoría de juicio y de actuación política.

Nuestra aportación no constituye una excepción: consiste en la función tácita que acabamos de describir, y cuyo desarrollo dependerá de cuándo y cómo se alcancen los dos objetivos explícitos. A estos objetivos alude el juego de palabras del título (1), que hemos robado a Steven Lukes (la izquierda, como es sabido, tiene una relación problemática con los derechos de propiedad): ¿qué es *la izquierda*? ¿Qué nos ha quedado? De hecho, creemos que una definición conceptualmente sólida e históricamente fundada de la izquierda podrá alumbrar —sin perjuicio de las quiebras y de las dificultades contingentes— un proyecto atractivo y realista. Así pues, lo que nos ha quedado es mucho.

### Para una definición de «derecha» e «izquierda»

Las definiciones simplificadoras suscitan siempre controversia: la historia de las ideas y del mundo es demasiado rica, las tradiciones culturales están demasiado contaminadas, las posiciones políticas reales son demasiado complejas para poder aceptar cualquier definición simple. Sin embargo, las simplificaciones útiles dan lugar a discusiones útiles, como esperamos que ocurra con estas páginas.

Izquierda y derecha son posiciones que se sitúan en dos dimensiones principales. El término «dimensión» es obviamente análogo, ya que aquí tratamos de política y de cultura, y no de geometría. Pero la analogía es por demás reveladora: en efecto, se pueden identificar —en ambas dimensiones y sin rebuscar demasiado— dos puntos extremos, como también situar en un eje ideal que une ambos extremos numerosas posiciones históricas. Además, las dos posiciones son bien diferenciables lógicamente, aun cuando los distintos casos históricos sean a menudo *gestalten* unitarias cuya posición dentro de una dimensión queda vinculada a una posición situada en la dimensión opuesta. Seguidamente, junto a las dos posiciones, cuyos extremos pueden asociarse con bastante claridad a variantes históricas reales de derecha o de izquierda, tendremos que considerar otra —también muy importante— que sin embargo no permite alinear las posiciones incluidas en un eje que va de derecha a izquierda. Una dimensión, por consiguiente, en la que cabrá encontrar variantes de izquierda o variantes de derecha a lo largo de todo el eje que une los dos extremos. Pero pasemos ya a las dos primeras dimensiones.

---

(1) El título del artículo —que retoma el del congreso celebrado en la Fondazione Roselli de Turín, del 3 al 5 de diciembre de 1992, para el que este escrito se concibió originalmente— juega, como es obvio, con la ambigüedad de los significados: «Qué es la izquierda» y también «Qué nos ha quedado».

La primera dimensión atañe al cambio social y al papel que en el mismo pueden desempeñar determinados proyectos de cambio. Limitémonos a caracterizar los extremos. La izquierda entiende que la sociedad es «fácilmente» modificable por un bosquejo coherente de construcción —por un proyecto— convertido en hegemónico gracias al poder de una fuerza política; por tanto, considera que los individuos (sus intereses, sus tendencias, sus aspiraciones) son suficientemente plásticos y adaptables a distintos proyectos sociales, virtuosos y altruistas si el proyecto activa estos dos rasgos; viciosos y egoístas si el proyecto está mal bosquejado. La derecha, en cambio, entiende que la sociedad «no es proyectable» —como mucho, que está regida por incontrollables y lentas tendencias evolutivas— y que los individuos tienen intereses, inclinaciones y aspiraciones «naturales», muy resistentes al cambio, por no decir inmutables, y que son normalmente egoístas y «malos». Por eso la derecha moderna ve el capitalismo y la economía de mercado como poco menos que un milagro: está convencida de que la heterogénesis de los fines y el egoísmo —y no la benevolencia— pueden dar lugar al bienestar de la sociedad. Y está incluso dispuesta a falsificar la evidencia histórica con tal de defender la «espontaneidad» del capitalismo, su correspondencia con leyes evolutivas inmanentes a la historia humana. Cualquier otro modelo organizativo sería una imposición, fruto de una *hybris* constructiva y precursor de desgracias.

Aun cuando la historia manifiesta de los conceptos de derecha y de izquierda es una historia moderna, algunos elementos de esta dimensión —el debate sobre la naturaleza del hombre— tienen una historia muy antigua: la «madera torcida» de la que habla Immanuel Kant tiene resonancias de análogas concepciones de la naturaleza humana a través de todo el arco de la historia occidental. Otros elementos son más recientes; Hayek remonta a Descartes la actitud «constructivista» que tanto detesta. Es probable que Descartes no sea el *villain* principal; ahora bien, es cierto que determinadas ideas explícitas acerca de la posibilidad de organizar la sociedad según un bosquejo «racional» no se desarrollan cabalmente en Europa hasta los siglos XVII y XVIII. La reacción de la derecha, sus argumentos típicos, cobrarán forma moderna después de la Revolución Francesa: efectos perversos, inutilidad, riesgo, como recientemente nos ha recordado Albert Hirschman (2). Más allá de los argumentos típicos, más allá de la retórica partidista, resulta fácil situar en esta dimensión construcciones científico-ideológicas complejas, cuyo influjo se extiende hasta nosotros: piénsese solamente en la teoría de las élites o en la teoría «realista» de las relaciones internacionales, en un extremo; o en la visión keynesiana de la política económica, en el extremo opuesto.

Por último, se ha de señalar que nuestra primera dimensión no coincide con aquella otra, bastante más común, en cuyos extremos se si-

---

(2) A. O. Hirschman, *Retoriche dell' intransigenza. Perversità, futilità, messa a repentaglio*, Il Mulino, Bolonia, 1991.

túan la *conservación* y el *progreso*. Desde luego, la creencia de que la sociedad es proyectable y de que la naturaleza humana es suficientemente dúctil respecto de influencias sociales, estimula más fácilmente comportamientos políticos innovadores e intensamente reformadores. Con todo, el término progreso, está tan cargado de connotaciones distorsionantes que resulta inutilizable. Si lo reemplazamos por el término más utilizable de «innovación», la dicotomía *conservación/innovación* resulta más significativa en el plano del análisis histórico, pero su correlación con derecha/izquierda se atenúa considerablemente. Si consideramos casos reales de innovación o conservación, actitudes personales reales propias de estas categorías, no cuesta demasiado dar con conservadores de izquierda o innovadores de derecha: De Gaulle y Margaret Thatcher han sido innovadores, mientras muchos políticos soviéticos o socialdemócratas han sido sumamente conservadores. De hecho, cabe que todavía subsista una sólida correlación positiva entre derecha/izquierda y conservación/innovación. Pero se trata de una relación estadística, conceptualmente menos vigorosa y culturalmente menos significativa que la dimensión que acabamos de definir.

La segunda dimensión guarda relación no con la *proyectabilidad* de la sociedad sino con la *naturaleza del proyecto*, y es una dimensión totalmente moderna que se desarrolla con la Ilustración y las revoluciones americana y francesa. Derecha e izquierda son polaridades *inherentes* al proyecto moderno, acentuaciones de sus principios: libertad, igualdad, democracia, fraternidad. Por decirlo en pocas palabras: la izquierda se «inclina» por el lado de la igualdad y de la democracia, e invoca una intensa responsabilidad política en favor de una realización cada vez más completa de dichos principios, aun cuando ello comporte obligaciones cada vez mayores para los individuos; la derecha —la derecha del proyecto moderno— se «inclina» por el lado de la libertad, de la autonomía individual, de la atenuación y no del afianzamiento de los vínculos que impone la esfera pública. Hemos insistido en el «proyecto moderno» porque también esta dimensión, como la anterior, contiene elementos muy antiguos, sobre todo para el extremo de izquierda: en todo el arco de la historia humana han surgido periódicamente utopías igualitarias. La derecha liberal e individualista es, en cambio, rigurosamente moderna: la derecha premoderna es monárquico-aristocrática, clerical e integrista, y, al menos en estas versiones, ha abandonado casi la escena en los países industrialmente avanzados. En la versión moderna aquí referida, dicha dimensión es homogénea: tiene dos extremos, entre los cuales puede haber numerosos proyectos de sociedad y que podemos juzgar más de derecha o más de izquierda; Rawls y Nozick (3) son dos ejemplos apropia-

---

(3) John Rawls y Robert Nozick son autores de dos libros ya clásicos: Rawls de *Teoría de la justicia*, FCE, Madrid, 1979 y Nozick de *Anarchia, estado, utopía. I fundamenti filosofici dello «stato minimo»*, La Monnier, Florencia, 1981.

dos de «centro-izquierda» y «centro-derecha», respectivamente. Ahora bien, ¿cabe calibrar todos los proyectos de sociedad siguiendo este eje?

Alberto Martinelli y  
Michele Salvati

Obviamente, no. En primer lugar, no cabe situar en el mismo eje los textos históricos contra el proyecto moderno: Burke y De Maistre habrían considerado a Rawls y a Nozick peligrosos subversivos, tal vez más a Nozick que a Rawls. La reacción antimoderna, sin embargo, no se agota entre los siglos XVIII y XIX: a lo largo de los siglos XIX y XX, e incluso hoy, la imagen de sociedad moderna que tal vez Rawls y Nozick representan no resulta convincente y muchos advierten que le falta algo. Le falta el calor de las lealtades y de las solidaridades primarias: de la familia, de la comunidad, de la nación, de la religión...; le falta la variedad y la riqueza de las diferencias: de sexo, de culturas, de experiencias. Para estos críticos, la derecha y la izquierda del proyecto moderno son igualmente frías, vacías, pobres e insatisfactorias, y la palabra *fraternité*, aunque inscrita en la bandera revolucionaria de ese proyecto, les parece un cuerpo extraño: ellos sostendrían que, no colocándose en el mismo plano de libertad e igualdad, la *fraternité* ha sido ampliamente infravalorada en los avances sucesivos de la modernidad capitalista. Y se nos recuerda que en los momentos más decisivos las «igualdades» universales del proyecto moderno, la propia solidaridad de clase, sucumben ante solidaridades más elementales, más «naturales».

De ahí que una *tercera dimensión*, siempre relativa al diseño de una sociedad buena, resulte necesaria y se mezcle, en distintas configuraciones históricas, con las otras dos: modernidad *contra* tradición; sociedad *contra* comunidad; universalismo *contra* particularismo; o mejor todavía, identidad humana universal *contra* identidades (territoriales, bioétnicas, socioculturales) particulares. A diferencia de las dos dimensiones anteriores, en ésta es bastante más difícil que coincida la graduación resultante con una graduación de derecha/izquierda. En la época de la lucha contra el *Ancien Régime*, la izquierda estaba claramente de parte del universalismo y de la modernidad, debido también a que no existía todavía una derecha liberal moderna; como ha descrito admirablemente Marshall Berman (4), la modernidad (y con ella la izquierda) es el Fausto que sacrifica a Filemón y Baucis a un gran proyecto, mientras que el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels es el más elocuente himno a la modernidad capitalista que se haya escrito nunca. Desde entonces, y sobre todo en nuestros días, las cosas se hacen más complejas, y precisamente por esa quiebra del proyecto moderno que tiene que ver con la *fraternité*.

---

(4) M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: experiencia de la modernidad*, siglo XXI, España, Madrid, 1991, cuyo título recogía un célebre pasaje del *Manifiesto* marxista.

Hoy en día, así como del lado del universalismo encontramos tanto a la izquierda como a la derecha modernas, del lado de la tradición encontramos cosas bastante distintas: ideologías reaccionarias, románticas, racistas, integristas, con las cuales la izquierda jamás podrá conciliarse; y, por contra, hay también demandas de reconocimiento de identidades que pueden enriquecer el proyecto moderno y frente a las cuales la izquierda se muestra mucho más sensible que la derecha. Históricamente, en un mundo de identidades parciales, de culturas y lealtades delimitadas, la derecha y la izquierda modernas han buscado y encontrado aliados distintos o han utilizado de manera diferente a sus aliados. La derecha se ha aliado con ideologías nacionalistas, tradicionalistas o racistas para perpetuar condiciones de desigualdad u opresión; la izquierda se ha aliado con identidades sofocadas y oprimidas (nacionales, étnicas, religiosas, comunitarias, pero también de sexo y de cultura) con el fin de promover una emancipación colectiva.

### En la concreción de la historia

*Proyectabilidad/no proyectabilidad* de la sociedad; igualdad y normas públicas para imponerla/autonomía individual; universalismo/particularismo: estos tres pares de extremos, y los ejes de casos intermedios que los mismos definen, comprenden, a nuestro entender, la mayor parte de las configuraciones históricas de la izquierda. Antes de pasar al proyecto y para desbrozar el terreno, nos quedan dos comentarios importantes. El primero guarda relación con las *gestalten* concretas de derecha o de izquierda; el segundo, con la relación entre izquierda/derecha y acierto/error: para los que se consideran de izquierda, ¿es o no es acertado escorarse todo lo posible hacia la izquierda, por lo menos en lo que atañe a las dos primeras dimensiones?

Ya hemos recordado que existen conexiones histórico-culturales profundas entre distintas posiciones de los tres ejes, y sería preciso un extenso ensayo para exponerlas de manera apropiada; en ese ensayo cabría ofrecer varios ejemplos concretos —varias *gestalten* de derecha y de izquierda— en los que, de manera históricamente única, se insertan «partes» extraídas de una o varias de las dimensiones aisladas. Que ello es posible resulta evidente: nosotros hemos obtenido nuestras tres dimensiones aislando aspectos lógicamente homogéneos en el seno de contextos históricos complejos. Basta volver a estos contextos para encontrar las *gestalten* a las que nos referimos. Por mencionar un caso próximo a nosotros, cabría, por ejemplo, explicar históricamente el marco de la ideología reaganiana, con su mezcla de fuerte y moderno individualismo (segunda dimensión) y de tradicionalismo (Dios, patria y familia; tercera dimensión). O bien el marco de algunos sectores de la cultura juvenil en los países de capitalismo avanzado: fuertes componentes igualitarios (segunda dimensión), pero también una notable insistencia en el respeto a cul-

turas premodernas o a aspectos comunitarios y, por ende, una tendencia bastante modesta al universalismo. A mayor abundamiento, esta aversión a la nivelación universal se podría detectar en el feminismo radical, en los movimientos de los negros y de los homosexuales, y en otros movimientos generalmente considerados de izquierda (y que son efectivamente de izquierda, a nuestro entender, si apuntan al rescate colectivo de comunidades o identidades colectivas oprimidas y despreciadas). En nuestros marcos —en las *gestalten* concretas resultantes del análisis histórico— probablemente predominarían las correspondencias entre posiciones de izquierda o de derecha en las tres dimensiones (piénsese en la ideología jacobina o en la del socialismo marxista, ambas coherentemente proyectistas, igualitarias y universalistas). Sin embargo, no sería difícil hallar disonancias, como acabamos de señalar: dada la riqueza de la historia no hace falta recurrir a casos contruados artificialmente para identificar mezclas sumamente curiosas.

El segundo comentario se refiere al uso que, hoy en día, se puede hacer de nuestras dimensiones con miras a un juicio político de acierto/error. Las que hemos ilustrado son categorías descriptivas, no categorías de apreciación, las mismas definen los caracteres principales de las oposiciones derecha/izquierda verificables en la experiencia histórica, no dicen que sea acertado o equivocado situarse, hoy, en un extremo o en otro (o en cualquier punto intermedio) de alguno de nuestros tres ejes. El juicio de acierto/error de quien escribe, por ejemplo, se sitúa del lado del centro-izquierda en las tres dimensiones; el de quien lee podría perfectamente situarse en otro lugar. Respecto a la primera dimensión, creemos que los proyectos conscientes desempeñan un papel importante en la historia y que, por tanto, se han de perseguir. Sin embargo, también creemos que la madera de la que está hecha el hombre no es fácilmente enderezable y que los efectos imprevistos o perversos, los intentos fútiles o dañinos, no son tan sólo argumentos de la «retórica reaccionaria» de la que habla Hirschman, sino además, y en medida no despreciable, lecciones reales de la historia. Con respecto a la segunda dimensión, compartimos la incesante presión de la izquierda para extender el principio de igualdad, de igual dignidad individual: en la política, en la sociedad, en la economía. Con todo, sabemos también que la igualdad no es un asunto simple y que las maniobras autoritarias para imponerla podrían comprometer de una manera intolerable la libertad y la decisión autónoma de los proyectos de vida, sin que sea únicamente el capitalismo el que reclame esta libertad. Respecto a la tercera dimensión, esperamos que siga afianzándose una identidad universalista de «ciudadanos del mundo», sin que ello implique la eliminación de lealtades o de identidades locales: de familias, de comunidad, de nación, de sexo... La variedad y la riqueza culturales de las identidades «locales» no son necesariamente enemigas —en muchos casos, por desgracia, hoy lo son— de una más amplia identidad universal.

## Un nuevo pragmatismo

*Estratégicamente* no debemos albergar temores excesivos en relación a «lo que nos ha quedado». *Tácticamente*, sí: el adversario es temible y la izquierda puede sufrir grandes reveses. Ahora bien, si admitimos que la izquierda y la derecha son categorías de análisis de la realidad histórica e instrumentos de valoración política que constituyen parte integrante del «proyecto moderno», entonces, la izquierda está destinada a perdurar, a resurgir tras cada revés histórico, hasta que el proyecto de sociedad nacido de la Ilustración y de las grandes revoluciones burguesas se transforme en marco de referencia de nuestra cultura política. Este proyecto no ha dejado de enfrentarse a desafíos en el curso de los dos últimos siglos, y los sigue teniendo hoy mismo: desafíos mortales de adversarios que lo negaban y lo niegan en sus raíces (totalitarismos, integristas, racismos...); desafíos progresivos, que han sido resueltos y serán resueltos con incorporaciones de áreas periféricas al proyecto originario y, por tanto, a través de una articulación y un enriquecimiento del proyecto mismo. Pero el proyecto original se ha difundido desde Europa al mundo entero: en los terrenos social y político, constituye la contrapartida de la mentalidad racionalista y científica a través de la cual el hombre ha dominado las fuerzas de la naturaleza. Hubo, y sin duda aún son factibles, momentos en los que la racionalidad instrumental de la ciencia y de la producción se alejó de la «racionalidad social» de la democracia y del reconocimiento de la igual dignidad de cada individuo: el nazismo y el estalinismo han ganado en horror a *Un mundo feliz* y a *1984*.

Nosotros, sin embargo, compartimos todavía la idea de Tocqueville: la de que el principio de igualdad está destinado a perdurar una vez que ha aparecido en la historia. Incluso en medio de las ruinas; y más allá de ellas.

Hoy contemplamos una trágica ruina: los escombros de la más grandiosa expresión de *hybris* prometeica y constructivista que se haya realizado en la historia humana: el comunismo. *Una ruina de izquierda*, que parece dar plena razón a, por lo menos, uno de los argumentos de la retórica reaccionaria recordados por Hirschman (*Jeopardy*) y que justifica todas las preocupaciones de Friedrich Hayek en relación a los fallos del constructivismo. Una ruina tanto mayor cuanto que desbarata buena parte de la construcción cultural que constituyó el esqueleto ideológico y científico de la izquierda durante casi un siglo, al menos en Europa continental: el marxismo. Es el cierre de un horizonte para los que se sitúan en la perspectiva (de izquierda) de una progresiva afirmación y extensión de los principios de igualdad. Al menos de momento, no podemos ir más allá del mercado, ni más allá de la propiedad privada. Y se debe despojar al propio término de «capitalismo», *en singular*, de esa connotación negativa que siempre ha tenido en la tradición del movimiento obrero europeo, y que se deriva



de la posibilidad del socialismo como modo de producción radicalmente distinto y políticamente superior. Existen *los capitalismos*, las variantes nacionales de mercados y jerarquías, y la izquierda debe ejercer presión para lograr una mayor igualdad, para una mayor justicia social en el seno de aquéllas.

La caída del comunismo y la crisis profunda de la interpretación marxista de la historia están produciendo en la izquierda una reacción comprensible y saludable. En el *plano ideológico y motivacional*, está produciéndose una creciente aversión hacia las grandes ideologías reductoras, hacia las ideologías que identifican grandes enemigos y grandes objetivos con la promesa de que, una vez derrotado el enemigo u alcanzado el objetivo, se producirá un salto en las circunstancias históricas y en la realización de los valores de la izquierda, se saldrá de la prehistoria para entrar en la historia; el mensaje de Hannah Arendt ha sido entendido por fin. En el *plano teórico*, crece un marcado recelo de las grandes teorías, de las interpretaciones demasiado coherentes y unificadoras, y, por el contrario, una consideración más abierta de la complejidad y de la variedad; en consecuencia, un mayor aprecio de los instrumentos teóricos más precisos, pero, por lo mismo, también más circunstanciales y locales. En el *plano del proyecto político* se extiende una antipatía preconcebida contra objetivos únicos y fuertemente jerarquizados y, a la vez, una intensa disposición al pragmatismo y al bricolage: el espíritu experimental —afrontar los problemas en su variedad, partiendo de los valores y de los materiales disponibles— parece prevalecer sobre el espíritu de coherencia, que tendería, en cambio, a jerarquizar aquéllos sobre la base de algún esquema unitario.

Esto, naturalmente, puede producir una gran variedad de izquierdas «locales», ya que son muy variadas las condiciones en los distintos países. Tomemos, por ejemplo, la modernidad, la correspondencia de los valores y de las prácticas sociales con el proyecto moderno: la modernidad ha sido siempre una vertiente que estaba ahí aunque la izquierda pensara que tenía una gran teoría. Hoy lo es todavía más: ¿qué es la izquierda en los países que aún se enfrentan a problemas elementales de desarrollo económico y de modernización? Por lo demás, los problemas de modernización —previos tanto para la derecha como para la izquierda modernas— pueden también ser importantes en los países avanzados: por ejemplo, en Italia, hoy tienen preeminencia en el debate político los problemas de competencia y de honestidad administrativa, para los cuales resulta difícil concebir soluciones distintas de derecha e izquierda. Pero precisamente por eso creemos —como Marx y Engels en el *Manifiesto*— que la izquierda debe apostar por la modernidad sin titubeos, tanto en los países en vías de desarrollo como... en Italia.

También en el caso de los países que han resuelto estos problemas; si vamos más allá de las enunciaciones de valor más genéricas y ob-

servamos con cierto detalle los programas de gobierno, resulta fácil advertir que las prioridades de la izquierda de cada país son bastante diferentes entre sí. Y en el seno de cada país, de cada izquierda «local», no es difícil descubrir tensiones y aporías: la sensibilidad del ambiente puede colisionar con la cultura industrial del movimiento obrero; las acciones positivas en defensa de grupos desventajados contrastan con el universalismo jurídico de la tradición liberal absorbido por la izquierda. Hoy más que nunca la izquierda es un archipiélago formado por islas muy diversas.

### Gobernar la modernidad

«Hay mucha confusión bajo el sol; la situación es excelente». En efecto, no parece haber motivos para que el pragmatismo y el *bricolage* den resultados peores que la gran ideología y la gran teoría. En todas y en cada una de las situaciones «locales» nacen espontáneamente preguntas de igual dignidad, para individuos o para grupos; la izquierda siempre tendrá material con el que trabajar, piernas con que caminar. El paso ora será firme, ora vacilante, y a veces se convertirá en una retirada. En unas ocasiones la marcha será en orden disperso, con distintas izquierdas que se mueven en varios frentes; en otras, en cambio, muchas izquierdas locales se moverán juntas, en el mismo frente.

Durante largos periodos, y a la vez en multitud de situaciones locales, ha predominado un solo frente. En el primer siglo de la izquierda moderna, de la Revolución Francesa a la segunda mitad del siglo XIX, en Europa predominó el problema de la democracia política, que la izquierda se empeñó en extender y la derecha en obstaculizar. Sin que este problema se hubiera resuelto aún, la «cuestión social» pasó a ser el problema dominante, siendo el gran tema que ha polarizado a la derecha y a la izquierda desde finales del siglo pasado hasta hoy. En dos siglos, la izquierda ha obtenido grandes éxitos en ambos frentes: derechos civiles y políticos, relaciones industriales regladas, Estado de bienestar y derechos sociales. Y los ha obtenido —como sostiene la tesis pragmática— porque el proyecto moderno legitimaba los valores de igualdad por los que había que combatir y porque las propias fuerzas del desarrollo económico y de la modernización suministraban poderosas «piernas sociales» con las que esas exigencias caminaban. Según esta interpretación, el hecho de que las exigencias de igualdad de los sectores obreros se hayan encontrado, en Europa continental, con la ideología escatológica del socialismo y con la gran teoría del marxismo, no ha añadido nada (y tal vez ha restado algo) a sus probabilidades de éxito; los derechos sociales se habrían conquistado de todas formas, y quizás antes.

Esta es una tesis extrema que, en cualquier caso, no se puede verificar. Con todo, de la visión «pragmática» queda un importante men-

saje. Los problemas para los que la izquierda propone soluciones no son fruto de invenciones de la propia izquierda y, sobre todo, ésta no inventa las fuerzas que puede poner sobre el campo. Hay tendencias históricas y culturales profundas, impulsadas por el proyecto moderno, que proponen constantemente problemas frente a los cuales la izquierda tendrá algo que decir y contra los cuales habrá siempre fuerzas dispuestas a luchar. Habrá fases dominadas por grandes problemas circunstanciales comunes como aquellos a los que nos hemos referido y, por el contrario, habrá fases de variedad y diferenciación. Fases en las cuales del equipaje cultural de la izquierda saldrán propuestas ampliamente compartidas, y fases en las cuales los ingredientes de nuestras tres dimensiones se mezclarán en proporciones muy distintas en diferentes contextos, o bien —en el mismo contexto— conflictos de partes distintas de la misma izquierda. Con todo, se ha de eliminar «estratégicamente» un temor: que la época de la izquierda ha finalizado.

---